

PROFESOR DOCTOR ADOLFO RUIZ DIAZ

In Memoriam

Adolfo Federico Ruiz Díaz, Director del Instituto de Literaturas Modernas y de su *Revista de Literaturas Modernas*, falleció el 6 de junio de 1988. Quieren, nuestras palabras, mostrar algo de su mucho amor por el saber y el saber ser.

En su libro, *Borges, enigma y clave*, hace ya treinta años afirmaba: "Podría decirse que los objetos inexpressados carecen de realidad pero nombrados por la gente asumen débil o intensamente una realidad provisional; en las conversaciones de café, en la calle, la gente nombra objetos, les concede una realidad transitoria, interina; pero algo desde el interior de los objetos reclama su adscripción a un mundo más definitivamente real. La intuición de esos llamados corresponde exclusivamente a los poetas, a los escritores. La movilidad de la palabra se a densa en la *letra*, las cosas *quedan escritas*. La palabra tiene un valor *entificativo*..."

En 1981, en una nota periodística, relacionada también con Borges, precisaba aún más su pensamiento sobre el valor de la palabra: "La verdadera palabra literaria se compone de alusiones, nunca de expresiones explícitas o explicitables". Y, con Ortega, hacía notar que "el máximo esfuerzo filosófico consiste en hacer que la realidad se nos aparezca por intermedio de la palabra pero no alojada en ella o apresada por ella. La palabra suscita o revela lo real gracias a una suerte de transparencia o tránsito que se cumple a través de lo

dicho en favor de lo callado. El conocimiento metafísico es forzosamente alusivo" ("Un ensayo sobre Borges de consulta imprescindible", en *Los Andes*, 28 de junio de 1981).

Bien sabía, el Dr. Ruiz Díaz, el valor de la palabra, su luz, su misterio. Sus palabras fluían poéticamente y deslumbraban al interlocutor, hablaba como maestro sabio y amigo. Era palabra inspirada. Conocía su germen y sus posibilidades, y ricas de conceptos, en metáforas y figuras, respondían a su privilegiado impulso de pensar. Nos deja una preciosa herencia en los relentes así acumulados, porque su palabra está impregnada del genio. Muchos alcanzamos a admirar su lectura, que eficazmente traducía la escritura en palabra, y leer para uno mismo -lo sabemos- es traducirla en palabra interior. Muchos admiramos su espontánea y enjundiosa escritura: su pensamiento convertido en palabra guiaba su hábil mano de escritor. Cuando leía el trabajo de un discípulo lo sometía a una verdadera palin genesia y, a partir de allí, la palabra adquiría nuevos bríos, mayor precisión. Simplemente, poseía el don de la palabra oral y escrita. Era un gran pensador.

Nació en Buenos Aires, el 22 de diciembre de 1920. Allí hizo sus estudios que culminaron en la Facultad de Filosofía y Letras, de la Universidad de Buenos Aires, con el título de doctor. En 1953 viene a Mendoza y aquí permanece hasta su muerte. Nuestra Facultad y su gente fueron los directamente beneficiados. Vivió tantos años como Erasmo, maestro que admiraba y sobre quien escribía en los últimos tiempos. Como él, podía decir: "Amo la libertad, no quiero y no puedo servir a un partido". Sí, nadie podía imaginarlo integrante de una "capilla", de un grupo o grupúsculo para luchar por intereses mezquinos. Era grande, defendía la verdad. Con ser elocuente, sabía como buen universitario que, antes que la elocuencia, con ella o a pesar de ella, debía trabajar en pro de la verdad y eso explica su fe y su potencia.

Hombre de diálogo, ¿erasmista, renacentista? Puede ser, ¿por qué no? Era un gran conversador, amaba el conversar sereno y enjundioso, nunca caía en charla frívola; por eso se lo escuchaba con atención y gusto. Con él el diálogo sí que era una génesis recíproca. Poseía la verdad no como un haber o como una posesión, sabía enriquecerla o intercambiarla. No era in-

transigente ni fanático porque era, precisamente, hombre de diálogo.

La Universidad Nacional de Cuyo era su segunda casa, la Facultad de Filosofía y Letras su cátedra, el Instituto de Literaturas Modernas el rincón amable para la investigación y la consulta de sus colegas y de sus alumnos con su maestro. Sentimos una imborrable gratitud por la persona y los merecimientos de Adolfo Ruiz Díaz... "et lux perpetua luceat eis".

Dr. Carlos Orlando Nallim